

Josef Šmajš

El concepto filosófico de la Constitución de la Tierra

Va aumentando la evidencia empírica de que la cultura antinatural de hoy (la civilización) es a largo plazo insostenible; la cual, además, con su orientación, gama de impacto o estructura no conforme con la Tierra, perjudica a los seres humanos. La Constitución de la Tierra, que propongo para salvaguardar el futuro humano, es un esfuerzo de cambiar el paradigma espiritual depredador de la cultura en un paradigma biofílico. La ontología evolutiva hace un llamado a los científicos, abogados, políticos y todas las personas responsables, para que reconozcan los derechos y una subjetividad incondicional de nuestro planeta.

Creo que hasta el momento no hemos podido, como humanidad, influir de manera fundamental en el rumbo de la evolución cultural. La evolución cultural dañina a la naturaleza fue establecida de dos formas: *no sólo biológicamente, sino más tarde a través de la filosofía griega y la ciencia; es decir, a través de un paradigma espiritual depredador*. Si bien es cierto que aquella evolución tenía un carácter y una dirección diferentes de la evolución natural más antigua, también solamente podía ser espontánea –mientras no golpeará a los límites naturales dentro de los seres humanos y del planeta.

La cultura moderna, en la que las ciencias se han unido con el capital, en el transcurso de tres siglos *ha desarrollado hasta el extremo el ajuste espiritual depredador de la antigüedad*. Armada con la última tecnología de fabricación, de transporte, de consumo (digital y militar), la cultura lucha sin sentido contra el sistema del que depende esencialmente. Por lo tanto, ya no se trata más de preocuparse en primer lugar por una mayor productividad laboral y la búsqueda de un nuevo arreglo socio-político. La humanidad podía antes

buscar el crecimiento más rápido en la eficiencia de la actividad humana y sistemas de sociedad socialmente más justos principalmente durante el periodo en el que aún no se ha visto amenaza existencialmente. Hoy en día, por desgracia, está expuesta a un peligro similar a aquel al que fueron expuestos nuestros ancestros distantes después de la desaparición de los ecosistemas de las selvas: ahora está en juego, pero esta vez claramente por nuestra culpa y sin la posibilidad de adaptarnos al ambiente artificial, la existencia misma de la especie humana como tal.

En la historia de nuestra especie, de hecho, hubo solo *dos grandes cambios en las estrategias humanas de adaptación: 1) el cambio de autoconservación a principios de la aparición del hombre anatómicamente moderno; 2) el dar la espalda espiritual a la naturaleza dos milenios antes del final de la cultura neolítica. Al tercer cambio, parte del cual debería ser la adopción de la Constitución de la Tierra, tenemos que someternos hoy en día en ramas de nuestra propia conservación. Sin embargo, parece que era más fácil adaptarse a un nuevo nicho ecológico en una biosfera saludable, que adaptarnos al planeta devastado y contaminado.*

1. La expulsión del paraíso – la formación del genoma humano

El primer cambio formativo en la evolución de la especie humana fue un desastre natural hace unos millones de años en la región de África Ecuatorial Oriental (se formó allí el Gran Valle del Rift, el que se extiende del sur hacia norte). Se produjo un cambio en el clima y, por ende, una *pérdida irreversible del hábitat natural* (nicho

ecológico) de nuestros antepasados homínidos que habitaban las copas de los árboles en las selvas africanas. Estos homínidos, adaptados para una forma de vivir relativamente cómoda y segura en los árboles, de pronto se hallaron en la sabana del arbusto. Bajo la amenaza de extinción total no hubo otro remedio que adaptarse con relativa rapidez a las nuevas condiciones. La vida en los árboles era como vivir en el paraíso, proporcionaba un montón de alimentos de origen vegetal en forma de frutas, insectos y brotes comestibles, era un refugio natural frente las fieras terrestres, asegurando una noche de sueño reparador sin interrupción alguna, etc.

Naturalmente, a los homínidos afectados les quedaron todas las importantes preadaptaciones somáticas obtenidas como resultado de su estancia en las ramas: dientes pequeños para el consumo de las frutas suaves, dedos largos, la visión estereoscópica en color, el pelo mediante el que los niños pequeños podían asirse a sus madres, la forma colectiva de vivir etc. Permaneció en ellos una *conciencia animal de pertenencia biológica a la naturaleza*.

La vida forzada en la sabana significó la pérdida de su hábitat natural, se pareció a la expulsión del paraíso, exigía formas más pesadas de obtener sustento. Suponía, por ejemplo, la construcción de viviendas primitivas sobre el suelo desnudo y una organización social más avanzada. Fue necesario aprender a corto plazo cómo moverse rápidamente y a largas distancias por tierra sin la ayuda de las extremidades anteriores, garantizar la seguridad de todo el clan frente a los depredadores, hallar nuevas maneras de proporcionar alimentos y mejorar la comunicación. La obtención de alimentos de origen animal no habría sido posible sin la creación de una totalmente nueva estrategia de caza, incluyendo el uso del fuego, el engaño y las herramientas adecuadas. Parece que *la mayoría de las poblaciones de nuestros lejanos antepasados en este momento se habían extinguido*.

Las poblaciones que lograron adaptarse formaron la base de las nuevas especies de Homo. Gradualmente, *una ofensiva estrategia adaptativa* iba ganando terreno en el genoma, incluyendo una aptitud probada para la comunicación de lenguaje. La conciencia inicial de la pertenencia

orgánica con la naturaleza fue completada por *la necesidad compulsiva para formar un suplente nicho ecológico, una obsesión de transformar el medio natural*.

La recolección y la caza, una etapa larga donde el hombre fue un comensal a expensas de plantas y animales, cubrió la mayor parte de la historia de los seres humanos anatómicamente modernos (cien mil-doscientos mil años). Los cazadores-recolectores supervivientes hasta hoy, los que no fueron influidos por el contacto directo con la filosofía y la ciencia griega, *no han llegado a la adopción del paradigma espiritual depredador*. Aunque sí permanecieron verdaderos depredadores, hasta hoy en día su psiquis incluye ambas potencias innatas en un equilibrio dinámico: *tanto la estrategia ofensiva como la conciencia de pertenencia muy cercana a la naturaleza*.

2. El papel clave del neolítico

El comienzo del segundo cambio adaptativo grande en la historia de la cultura humana, *una revolución* la cual aumentó la capacidad de carga de tierra para los seres humanos en aproximadamente mil veces, constituyó *el descubrimiento empírico de la agricultura en varios lugares en el planeta*. En el hemisferio norte, este cambio se asoció al final de la última edad de hielo, es decir, a la expansión de vegetaciones de hierba en lugares desde los cuales se iban retirando los glaciares. De hecho, solo tres hierbas importantes estaban en el fondo de la revolución agrícola “planetaria”: *el trigo, el arroz y el maíz*.

Empero, la agricultura convencional era una tecnología principalmente biótica, la que fue compuesta por la naturaleza, naturalmente automatizada en una amplia gama. Fue armonizada con los ecosistemas circundantes y el planeta. En cuanto a energía ella fue ahorradora y libre de desechos, no necesitaba energía suplementaria. Era una tecnología perfectamente compatible con la estructura biológica del hombre, tanto en sus demandas de participación humana en el ciclo de trabajo como con sus productos destinados al consumo personal final.

En comparación con la recolección y la caza, cuyos prerrequisitos marcos fueron codificados en el genoma desde el periodo cuando nuestros antepasados humanos vivían en los árboles, la tecnología agrícola fue probablemente *una actividad más exigente intelectualmente* para el ser humano: no requirió sólo el ingenio innato, destreza y fuerza física, sino también *un cierto nivel de comprensión de la unidad interna de la naturaleza*. De modo suficiente era transparente para el hombre, y por lo tanto *sus capacidades intelectuales se iban desarrollando lentamente*. Por ende, el casi imperceptible desarrollo biológico del hombre, en el transcurso de decenas de miles de años de vida dentro de los ecosistemas naturales, fue reemplazado por un auge cultural mucho más rápido. Su duración, sin embargo, incluye solo unos pocos miles de años.

Si más tarde no hubo represión forzada de la primacía de la agricultura mediante la rápida expansión de la producción industrial, o sea, si la moderna ciencia de orientación depredadora no conectó tan fácilmente con el capital de orientación semejante, el planeta habría podido vivir en simbiosis junto con el tipo neolítico de la cultura por varios milenios más.

3. El paradigma espiritual fatal

Sin embargo, cerca del final de una fase relativamente tranquila de la tecnología neolítica dominante, de repente aparecieron nuevas *bases de rápido desarrollo del pensamiento teórico*. Es un periodo de gran florecimiento espiritual (la llamada era axial, hace 800-200 años a. C. [K. Jaspers]), en el que surgen no solo las religiones monoteístas, sino también –y sobre todo– *la abstracción formativa de la ciencia y la filosofía griegas*. En él tuvieron origen el desvío inconsciente en los valores de la naturaleza y la inclinación hacia ideas tecnológicamente concebidas.

La predisposición biológica a la estrategia adaptativa ofensiva en el genoma humano es desde entonces *reforzada espiritualmente por la cultura*. Una estrecha capa de eruditos en las ciudades de ese momento, exenta de cualesquiera preocupaciones empíricas, expulsa a los dioses

de la naturaleza y mediante trabajo teórico desarrollado sistemáticamente halla conceptos, ideas y postulados que, vistos desde la perspectiva actual, debilitan y deforman el significado de la naturaleza. Así lo vemos bien en el ejemplo de la filosofía griega. Por un lado, ella continuaba aludiendo al mito y al sentido común, es decir, propiciaba una racionalidad de uso común –sobre todo *el modo macroscópico (de un solo nivel) de la interpretación de realidad*. Por otro lado, propugna –principalmente bajo la influencia de los eleatas (Parménides de Elea) –*la idea de identidad (igualdad) de pensar y de ser*. Precisamente, esta identidad fue comprendida por Platón y muchos pensadores posteriores, incluidos los religiosos, como *la superioridad de pensamiento sobre Ser*. Especialmente, estas dos características formaron la base del *paradigma espiritual depredador*. Estas impusieron a las personas educadas nociones de precomprensión falsa acerca de la naturaleza como si esta fuese una futura tecnología creada por el ser humano.

Ahora, en cuanto a la relación de los sistemas culturales con la naturaleza, no podía haberse cambiado nada sustancial hasta el fin de la sociedad neolítica. Los seres humanos seguían trabajando duro, ya que los procesos que ellos podían dirigir contra la naturaleza eran únicamente las fuerzas de los animales y sus propias potencias esenciales. La necesidad de cooperación directa con los sistemas naturales más potentes moderaba el deseo por parte de ellos de desafiar a la naturaleza.

Hasta los tiempos modernos la ciencia newtoniana y galileana no fue capaz de romper con este límite. Con sus términos tecnológicos, la utilización de las matemáticas y la interpretación causal de un único nivel de realidad, siguió el legado espiritual de la antigüedad. De acuerdo con la metáfora de Francis Bacon, “ella convirtió los conocimientos en poder”. En conjunto con el capital, iba objetivándose en la cultura material y la tecnología, ayudando a la vez a impulsar las ruedas de la revolución industrial. Contribuía a la mecanización de la agricultura, del transporte y del sector militar. *Pero es la cultura abiótica mundial del consumo la que conduce a la finalización completa del paradigma depredador de la antigüedad*. Mediante su beneficio a corto plazo,

ofrece hoy en día a todos los seres humanos las armas de destrucción masiva del planeta —en particular, ese es el caso de los automóviles globalmente difundidos.

4. El giro biofílico de autoconservación

Este reconocimiento de dos grandes rupturas en la historia de las estrategias de adaptación humana es la razón principal por la que no intento realizar una crítica explícita de las formas contemporáneas del capitalismo corporativo. Considero esta crítica un problema muy complejo, escasamente aclarado desde la perspectiva teórica. Desde mi punto de vista, si bien es cierto que tal crítica es legítima, no apunta a la raíz del problema.

Creo que el aspecto de las formas actuales del capitalismo se apoya en dos capas ocultas: la primera capa relativamente más accesible es la existente *cultura material creada espontáneamente, incluida la tecnosfera*. La segunda, más profunda y menos accesible, es formada por el *paradigma espiritual depredador de la cultura* anteriormente mencionado. Dejando de lado esta segunda capa más profunda, hay que admitir que en el momento de la global amenaza existencial de la cultura, *no será suficiente solo propiciar un nuevo arreglo de sociedad socialmente equitativo*.

Las formas socio-políticas de la vida cultural son, de hecho, una variable dependiente y, por lo tanto, corresponden aproximadamente a los dos sistemas: uno natural y el otro cultural, que se desenvuelve, de manera desenfrenada. Por ejemplo, las condiciones feudales en Europa correspondieron aproximadamente a las condiciones naturales de la vida cultural, es decir, la posesión de las tierras de cultivo y de los sujetos atados a aquel suelo; el capitalismo clásico correspondió luego a las condiciones creadas mediante la cultura, es decir, había posesión de las fábricas de las máquinas, relaciones piadosas con dinero y empleo para obreros relativamente libres. *Creo que el capitalismo corporativo de hoy es la forma adecuada de expansión de la*

base técnico-material, siendo esta no elegida intencionalmente por la humanidad, de nuestra cultura globalizada, ocultada hábilmente por la idea noble de los derechos humanos.

Merece la pena divagar sobre el hecho de que después de la victoria del capitalismo en Europa, la humanidad no tenía posibilidad real de cambiar radicalmente el rumbo de la evolución cultural. También el socialismo real, dejando por ahora a un lado sus problemas internos, era una forma de vida social menos exitosa, que se desarrollaba bajo aproximadamente las mismas condiciones materiales que en aquel momento tenía el sistema rival. El socialismo competía con el capitalismo en cuanto a mayor productividad de trabajo. Tal vez debido a ello, los intentos actuales por formar un nuevo orden social en América Latina, China u otros países, sean de escasa esperanza en cuanto a su supervivencia a largo plazo.

Cualquier persona que esté involucrada en el esfuerzo por eliminar la forma actual del capitalismo corporativo, debe ser consciente de los diferentes significados de estas dos capas: no solamente del hecho de que la forma social del capitalismo depende del grado de desarrollo de la ciencia, la tecnología y la cultura material cumplidos espontáneamente. Debido al origen del conflicto global de la cultura y la naturaleza, se debe tener en cuenta también *la profunda interconexión basal del poder tecnológico de las ciencias con el capital*. El capitalismo —a diferencia de todas las formaciones socio-económicas anteriores— se asocia *desde el principio al ajuste depredador de la cultura en los tiempos modernos. Solo el cambio de este ajuste espiritual podría ser no meramente un acto de autopreservación de la especie humana, sino también un cambio social y político anhelado*.

Por consiguiente, con el riesgo de malentendidos les recuerdo que ya que no podemos cambiar la naturaleza humana, la cual se formó sin nuestra contribución. Tenemos que intentar, por el interés de la existencia de nuestra especie, cambiar lo que se puede cambiar y lo que debe hacerse para que nos preservemos, a saber: *el ajuste evolutivo autodestructivo de la actual cultura globalizada*.

Trataré de aclarar esta transformación difícil de autoconservación únicamente en el área que, en mi opinión, va a decidir sobre el futuro humano: *el campo de las nociones filosóficas generales acerca del mundo*. Lo que sucede es que hoy en día nos encontramos en una situación paradójica. A medida que la filosofía se ve forzada a salir del proceso de la influencia ideológica del público, aumenta potencialmente su papel fáctico en la cultura globalizada. Si bien nos enorgullecemos mediante los medios claves de comunicación de la ciencia y la tecnología avanzada, seguimos en cautiverio del menosprecio antropocéntrico de la naturaleza organizada de manera ingeniosa y espontáneamente creativa. La *filosofía*, que corre con la mayor parte de la culpa de esta deformidad, ha de recuperarse del sueño dogmático y, una vez más, *demostrar su criticidad superior a aquella de las ciencias y su poder sobre la visión del mundo*. En el momento de su mayor gloria, o sea, en la antigua Grecia, donde la cultura era aún local y biofílica, la filosofía ya era ontología –la teoría general del ser. Aunque era especulativa y reconfortante, trataba de entender el mundo en su conjunto. Falló en eso principalmente porque en aquel momento ni siquiera se habían desarrollado las ciencias sobre sistemas vivos, menos aún la conciencia acerca de la existencia artificial de la cultura como ser oponente a la naturaleza. Los griegos todavía no eran capaces de entender en teoría la creatividad, el equilibrio, el refinamiento y la superioridad absoluta de la naturaleza sobre el ser humano y la cultura. Entonces, con una actitud infantil, la que da mucho por sentado, subordinaron el conocimiento de la naturaleza a postulados deliberadamente seleccionados de la geometría, las matemáticas y la física. *En su tiempo no podían tener experiencia sobre la aplicación de la orientación espiritual que fundaron*. Ellos no podían prever la magnitud planetaria de la destrucción de la naturaleza por la cultura de índole depredadora.

Cuando el gran filósofo moderno René Descartes dividió conceptualmente la realidad entre sujeto y objeto (*res cogitans* y *res extensa*), no sabía que el ser humano y la Tierra son productos de la misma evolución natural y, además, que su objeto presunto no es meramente cierto

espaciamento, sino una actividad creativa superior al sujeto, la cual lo dio a luz a él. Descartes no podía saber que la subjetividad humana temporal solo puede ser parte de la más antigua y más grande subjetividad de la Tierra. Insistir hoy en día en la distinción antropocéntrica cartesiana del sujeto y objeto no es, por tanto, científico, sino defectuoso y políticamente necio. La insistencia en la supremacía humana sobre la naturaleza, el hecho de no reconocer la autonomía, el valor y los derechos de la Tierra significa para la humanidad cavar su propia tumba.

Si la filosofía actual no tiene el coraje para condenar la tendencia suicida del paradigma espiritual depredador, ni las ciencias parciales ni los reglamentos sociales, ni siquiera las leyes y la política serán capaces de revertir esa necesidad biológica compulsiva de alterar, sin razón, el planeta cada día más. No hay otra forma de autoridad racional que podría afirmar, con la competencia teórica completa, que hoy en día es *un crimen ir destruyendo la Tierra y la salud humana de nuestros descendientes*.

Para finalizar, solo la ontología filosófica puede decir la siguiente verdad desagradable a las demás formas de la cultura espiritual: la evolución natural de la Tierra no culmina con el ser humano; la cultura no es la continuación de la evolución de la naturaleza; la evolución cultural puede continuar solamente si superamos el antropocentrismo e imponemos, con la contribución de la ontología filosófica, el giro biofílico en su actual orientación depredadora.

5. La propuesta filosófica de la Constitución de la Tierra

Las constituciones modernas de los Estados-nación fueron aceptados como los más altos documentos legales que reflejan la voluntad del pueblo en formulaciones filosóficas generales. Declaraban la resolución de construir, proteger y desarrollar el país en cuestión como el hogar de los ciudadanos libres e iguales. El planeta Tierra no tuvo que ser parte de los esfuerzos humanos para desarrollar una u otra comunidad. Parecía que la naturaleza no interfiere con la cultura,

aunque sí resiste a todos los cambios intencionales, con sus procesos imparciales u objetividad permite su cumplimiento. La expansión actual de la cultura técnica del consumo, sin embargo, demuestra suficientemente que esta era ya ha llegado a su fin.

Efectivamente, la cultura global creada por el ser humano —una tecnósfera planetaria— se está volviendo cada vez más independiente, saliendo de control y chocando contra la más vieja, más autónoma y más sofisticada biosfera planetaria. Aunque se trata de un sistema artificial temporal, él destruye sin sentido su duradero sistema huésped natural. Este, sin embargo, precedió a la cultura creando todos los requisitos de su evolución. Por eso, por primera vez en su historia, la cultura humana confiada de sí misma está existencialmente amenazada. Debe detener su guerra no declarada contra la Tierra, la cuál jamás puede ganar.

A través de ya casi cincuenta años, distinguidos eruditos han venido preocupándose por la existencia continua de la humanidad y sugiriendo maneras de asegurar su futuro. Además del enfoque sistémico de los autores del Club de Roma, también la ONU ha participado en este esfuerzo, mediante sus iniciativas —el Informe Brundtland (de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo), la Carta Mundial de la Naturaleza, las cumbres sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible (Estocolmo, Río + 10, Río + 20, Copenhague, etc.). También son conocidas las iniciativas de organizaciones no gubernamentales, como la Carta de la Tierra (*The Earth Charter*), La Fundación GAIA, Cuidar la Tierra (*Caring for the Earth*), la Alianza del Consejo de la Tierra (*Earth Council Alliance*), el Movimiento Mundial de los Pueblos por la Madre Tierra (*People's World Movement for Mother Earth*), Erradicar el Ecocidio (*Eradicate the Ecocide*), las Fronteras de la Tierra (*Planetary Boundaries*) y otros.

Sin embargo, la mayor parte de las declaraciones de estos movimientos no es una receta para el cambio, sino únicamente se ha tratado de persuasión moral, enumeración de expresiones de deseos y una lista de los errores que cometemos los seres humanos en relación con la naturaleza. Todos los nobles esfuerzos por entender

y resolver la crisis que se dirigen únicamente al ser humano y, por ello, ignoran la división del planeta en dos sistemas opuestos —la cultura y la naturaleza— están condenados por anticipado al fracaso. Del mismo modo son ineficaces los documentos que carecen de una reflexión filosófica acerca de la creciente autonomía por parte de la cultura con ajuste depredador.

Aunque en la actualidad algunas constituciones contienen artículos sobre la protección del medio ambiente, su ejecución es complicada debido a la relación indefinida de la cultura a la naturaleza. Por ejemplo, la Constitución de Ecuador y algunas leyes bolivianas reconocen, en cierta medida limitada, los derechos de la Madre Tierra a la vida, la diversidad y la renovación. A pesar de que se trata en su mayoría de medidas con fines especiales contra la creciente explotación comercial de la riqueza natural por parte de las compañías mineras multinacionales, es un admirable adelanto en cuanto a la concesión de subjetividad a la persona física o jurídica, hacia el reconocimiento de los derechos de una parte del territorio, por ejemplo un río, a formar meandros. Pero la Tierra no es un solo río o área protegida. Es una totalidad planetaria, intrínsecamente integrada, de todos los sistemas vivos y no vivos. Es el único posible sistema huésped para la cultura. Así que tenemos conceder el derecho a la existencia y autodesarrollo a la Tierra entera.

Por lo tanto, es necesario difundir, junto con la Constitución de la Tierra, un nuevo concepto ontológico del Ser. Lo que a lo largo de más de dos milenios ha sido llamado Ser y lo que los filósofos asociaban a estabilidad y permanencia, es concebido por la ontología evolutiva como actividad, procesualidad y creatividad. La Tierra, por aquel entonces percibida como un centro inmóvil del universo y en los tiempos modernos solo como uno de los planetas de nuestro sistema solar, ha de reconocerse como el idiosincrásico proceso de la evolución natural, como *una subjetividad superior al ser humano y a la cultura*.

El sendero hacia el reconocimiento moral y legal de la subjetividad de la Tierra está, sin embargo, repleto de obstáculos. Hemos de abrirnos paso justamente en el matorral de los prejuicios modernos acerca de la mera objetividad y el

objetivismo de la naturaleza, rechazar el derecho humano supuestamente evidente a poseer la naturaleza.

El esbozo del concepto filosófico de la Constitución de la Tierra se basa, por tanto, en la prueba ontológica de que la cultura humana no es la continuación de la evolución natural por otros medios. Respetar el hecho de que la cultura no es solo una comunidad de seres humanos, no es solo una organización social biológica en la que vive la mayoría de animales sociales. Es una estructura artificial transpersonal creada a partir de materiales y energía robados a la Tierra, la cual sí se originó de forma natural. Es un sistema antinatural activo con su propia información constitutiva (cultura espiritual), pero no con sus propias bases material y energética. Es sostenida por la Tierra y su base construlógica, de la que deriva todas sus formaciones materiales. Consiste, por desgracia, en solo estructuras naturales vivas y no vivas altamente organizadas. Expresado lo anterior de forma esquemática, la cultura debería ser una prudente reconstrucción del planeta ingeniosamente organizada con ajuste biofílico.

Si se acepta que el paradigma espiritual depredador nació en la antigua Grecia y más tarde se desarrolló mediante las modernas ciencia y filosofía, también hay que reconocer que la cultura euroamericana debería asumir la mayor parte de la responsabilidad por el conflicto existencial de hoy con la naturaleza. Precisamente por ello, la gente competente en esta cultura tiene que concentrar sus esfuerzos para que la cultura global mantenga y sostenga al planeta no reducido y no contaminado. Eso implica que la filosofía, la cual en aquel entonces estuvo en el comienzo de la actitud teórica desdeñosa por parte de los seres humanos frente a los sistemas vivos, reconozca y corrija su grave error. Gracias al peso de su autoridad debe tratar de *descubrir y romper con el paradigma espiritual depredador que hoy gobierna*. Frente al público confundido debe reconocer y defender la condicionalidad biológica humana por las estructuras naturales y, *por fin, atribuir a la Tierra sus cualidades y derechos ocultos, su subjetividad*.

La actual hipertrofia de la fría racionalidad, cuya base oculta sigue siendo el gobernante paradigma espiritual depredador, ha propiciado

las formas ideológicas, objetivas y organizativas de la cultura globalizada. *La subjetividad cultural artificial* de estas formas –empresarial, política, financiera y militar, la cual encontró su expresión jurídica en la subjetividad de las personas jurídicas–, *es más cercana al segmento del público orientado antropocéntricamente que la subjetividad inherente a la Tierra*. Por fin reconocemos que las subjetividades artificiales, siempre apoyadas por los principales medios de comunicación, imponen métodos altamente sofisticados para ocultar sus intereses de poder parciales a través de (apelando a) los intereses generales de la humanidad. Es triste que el derecho actual se ha enlazado con el poder y participa en este engaño refinado del público. Tal vez debido a ello ha dejado de ser el mínimo de moralidad humana general.

Si bien es cierto que la moralidad se ha debilitado extremadamente –ahora sus reglas no pueden ser, según Hume, el resultado de reflexiones de nuestra razón; dichosamente, ella siempre retiene la capacidad de juzgar críticamente todas las actividades humanas. Cada vez más personas dejan de creer en la neutralidad de la ciencia y la tecnología, en la economía orientada de manera depredadora, en la política y el derecho. Poco a poco se va formando una demanda social para una ontología evolutiva de la realidad (teoría de la realidad), cuyo mínimo podría ser un punto de partida para resolver la crisis de las ciencias y la educación, la política y el derecho. Mis deseos conciernen a que el esbozo de la Constitución de la Tierra no solo apoye la legislación biofílica y la difusión del mínimo ontológico verdadero acerca de la naturaleza de la existencia terrestre, sino también anime la moralidad mustia y propicie un nuevo *ethos* en favor de la naturaleza (pronatural), sin el cual no podremos vencer la crisis ecológica global.

Nota

1. No puedo agradecer aquí a todos los que me han ayudado a lo largo de los años, tanto ideológica cuanto moralmente, para que yo llevaré mis esfuerzos en cuanto a la reflexión ontológica del conflicto entre la cultura y la naturaleza hasta la

propuesta de la Constitución de la Tierra. Estoy agradecido a Vojtěch Vomáčka por sus consejos legales y asesoramiento, y a Agustín Rosa para numerosas sugerencias y colaboración editorial sobre el libro *La Constitución de la Tierra. El concepto filosófico* (Banska Bystrica: Vydavateľstvi PRO, 2015).

Los esbozos de *La Constitución de la Tierra* y *La exposición de motivos* están basados en mis monografías y textos apelativos previamente escritos, los que se han publicado o independientemente o en algunos libros. Se trata de los siguientes textos: *El contrato de arrendamiento con la Tierra* (2003); *La declaración de dependencia* (2008); *Once condiciones del giro biofílico de la cultura* (2013).

Entre mis libros publicados figuran los siguientes títulos: *Ohrožená kultura (La cultura amenazada*, 1ª edición Brno: 1995; 2ª edición Praga: Hynek, 1997; 3ª edición Brno: Host, 2011); *The Threatened Culture* (Prešov: Slovacontact, 1997); *El drama de la evolución*. (Praga: Hynek, 2000); *La ontología evolutiva* (coautor: J. Krob, de la Universidad Masaryk, Brno, 2003); *Filosofie psaná kurzívou (La filosofía escrita con letra cursiva*, Brno: Doplněk, 2003); *Potřebujeme filosofii přežítí? (¿Necesitamos una filosofía de*

supervivencia?, Brno: Doplněk, 1ª edición 2008; 2ª edición 2011.); *Evolutionary Ontology, Reclaiming the Value of Nature by Transforming Culture* (Nueva York & Amsterdam: Rodopi, 2008); *Filosofie – obrat k Zemi (Filosofía – el giro hacia la Tierra* (Praga: Academia, 2008); *Cultura pod ugrozouj* (Novosibirsk: Editorial de la Academia de Ciencias de Siberia, 2012); *Evoluční ontologie a problém podnikání (La ontología y el problema de empresa* (Brno: Universidad Masaryk, 2012); *Fenomén technika (El fenómeno de la tecnología*, Brno: Doplněk, 2016).

Ph. Dr. Ing. Josef Šmajš. Docente e investigador de la Universidad Masaryk de Brno (República Checa).

El Prof. Šmajš es el autor de *Evolutionary Ontology: Reclaiming the Value of Nature by transforming Culture* (Central European Value Studies), 2008.

Recibido: el martes 4 de octubre de 2016.
Aprobado: el martes 11 de octubre de 2016.